

lectura de *Moby Dick*? He perseguido a Odisseo angustiado y hasta he intentado modificar, en la lectura, el argumento de la *Odisea* para paliar la gravedad de sus consecuencias.

La biblioteca, a la que miro, de la que quiero hablar, es aquella que ha sido producida por el hecho de leer; su gestación la provoca el lector en el acto de su ingreso; en ese momento, impone su presencia al libro. Pero una vez dentro de ella, y también por la presencia del libro, al lector no le queda otro remedio que asistir al espectáculo, en su condición de invitado. Delante de él, los antiguos productos del mundo, edificios, naves, ballenas, espejos, virtudes, han dejado de ser sólidos y han perdido su gravidez; el espacio de la biblioteca se ha hecho estancia de los héroes de papel, de los agentes naturales del mundo literario, lugar donde estos héroes se exhiben, en sus argumentos, a ojos vista, encarnándose para que yo, su lector, pueda observarlos con todo detalle, sin que nada se oponga a su materialización.

Mi aprendizaje en la lectura se desarrolló en una biblioteca capaz de producir, en poquísimo tiempo, ese espacio misterioso de transformaciones; pero misterioso es, quizá, una palabra demasiado definida para aplicarla, con propiedad, a aquello de lo que estoy hablando; mejor será decir extraña, porque lo extraño permite la entrada a lugares prohibidos al sentido común, donde lo habitual no se usa, y se repara sólo en aquellas cosas que sobresalen por la rareza de sus razones, o por la falta de fundamento de sus explicaciones. Las cosas extrañas existen, sin embargo, aunque no aparezcan inscritas entre los ejemplos que se dan en los libros de lógica; a pesar de todo, insisto, lo extraño puede resultar tan conspicuo, tan contundente, como un diamante que aparece adornando a una joya. Un ornamento es un **postizo**, algo que le sale a una estructura lógica como resultado de un capricho; pero es un algo que puede salir y que, además, podemos ver cómo sale: a un cuadro, un marco; a una fachada, una columna; a una tragedia, una representación con escenarios y personajes. Son revelaciones, las del ornamento, dirigidas contra los estados de gravedad, contra la solidez de los objetos, contra la seriedad; a él le van mejor la referencias que le suministran los sentimientos, cuando se sienten conmovidos por las experiencias de los sentidos.

III La lectura y los pájaros

En la biblioteca de mis años mozos su des-

cripción sugiere ya lo que podría ocurrir dentro de ella. Se tenía la impresión, cuando se la veía por primera vez, que había nacido -no que se había fabricado- de golpe y porrazo, con todo lo que tenía dentro; gestó, entre tantas cosas, también a su bibliotecario, aquel conserje, Cristóbal, al que, con cariño malintencionado, llamábamos "el Drácula", siempre atareado con fichas, libros, paseos de un anaquel a otro para avituallar al usuario. El espacio físico, el local, era alargado, lleno de fichas de mesas corridas con sillas de anea. Desde cualquier lugar de la biblioteca se podía observar el exterior, conectado, por múltiples ventanas alargadas y estrechas, al ambiente externo. Los tejados llenos de jaramago, las techumbres de iglesias enlozadas con azulejos, las golondrinas en su tiempo, los jilgueros y verderones en el suyo, y siempre, los gorriones descarados, que giraban sus cabezas incitándonos a que saliéramos al calor, al aire, a los colores naturales, eran los únicos testigos presenciales de los acontecimientos que se producían en aquel reino, ergástula, campo de prisioneros, páramo, espejismo. Una biblioteca creada por el acto de leer, acto que no se puede producir si, previamente, no hubiéramos tomado partido por él, si no nos hubiéramos puesto de su parte. Ese tomar partido es el motivo sobresaliente de la lectura, lo que hace real, para nosotros, cosas que no lo serían nunca si nuestra voluntad no quisiera explorar en su interior para experimentar los sentimientos del temor y el riesgo. En lo que llamamos realidad natural, las imágenes de los objetos que se dan en ella son mecánicas, es decir, aparecen y desaparecen por motivos relacionados siempre con la producción física de la imagen. Si hay luz, los objetos aparecen delante de mí, exhibiendo su presencia, haciéndose en el momento actual; la escala de ese mundo produce imágenes neutras, iguales si se producen siempre en las mismas condiciones. El tamaño del coche de una serie es igual al de otro de la misma serie. Las imágenes naturales de cualquier objeto son el resultado del agrupamiento de sus propiedades, con el fin exclusivo de integrar la imagen en un campo donde esas propiedades se pueden medir, evaluar sólo por un contador único.

III La nostalgia

Desatar esos conjuntos integrados es labor de una voluntad movida por la fantasía que tiene poderes para hacer que ese árbol, o ese coche, deshaga su identidad para recuperar una nueva, no sujeta a las leyes mecánicas de la actualidad. La propiedad más

"Yo he corrido muchos peligros cuando me adentraba en el "mar proceloso" de la lectura y tengo heridas abiertas por los libros. ¿Qué, si no, una cogida grave fue la lectura de 'Moby Dick'?"

decarada que tienen las cosas, en su nueva identidad, es la exhibición de su novedad. Los poderes de la fantasía nos enseñan a reconstruir el mundo, expresándolo ahora bajo las condiciones de lo nuevo, tomando como insignia de todas sus operaciones a la originalidad. La nostalgia es un sentimiento muy emparentado con lo literario, que se produce cuando el tiempo se abre a su pasado. La brecha que provoca esa apertura deja escapar a las cosas a su tiempo rutinario y, una vez libres, esas cosas buscarán un lugar virgen donde implantarse. Allí, su tamaño va a encontrar nuevas dimensiones, su peso nueva gravedad, su intelecto una nueva lógica. En este espacio de ahora -

████████████████████
"Los poderes de la fantasía nos enseñan a reconstruir el mundo, expresándolo ahora bajo las condiciones de lo nuevo, tomando como insignia de todas sus operaciones a la originalidad".

como dijimos- las cosas aparecen reformadas, porque las fuerzas que actúan sobre ellas, las de los sentimientos, son tan aparatosas como ilógicas.

Por eso mis figuras nostálgicas, Cristóbal, por ejemplo, son mucho más altas que sus originales; realmente, para mí, no existe otro original que el retratado en el libro de mis añoranzas. Y aquí termino la labor libresca de esta entrevista, que ha resultado ser un producto de esa biblioteca desmañada, y amueblada por productos no nacidos de otra causa que del gusto de su autor por las cosas prescritas por el tiempo.

■ RAMÓN SALABERRÍA, FRANCISCO SOLANO

PUBLICIDAD